

9°. Se invita á los Exmos. Sres. generales Don Nicolás Bravo, Don Juan Alvarez y Don Tomás Moreno, para que puestos al frente de las fuerzas libertadoras que proclaman este plan, sostengan y lleven á efecto las reformas administrativas que en él se consigan, pudiendo hacerle las modificaciones que crean convenientes para el bien de la nación.

—Hombre, hombre, se me convida allí á un festín en que quién sabe si me toque en vez de comer ser el comido.

—Es cierto, general, ninguno vamos á estar en un lecho de rosas; pero es preferible morir matando á que nos metan en una de las tinajas de San Juan de Ulúa, de donde no salgamos jamás.

—Ahora le diré á usted con franqueza, que el plan no me disgusta, porque se separa un poco de los ordinarios que tanto conocemos.

—Lo principal es que ya tendremos con él una bandera, y que no seguiremos el gobierno y nosotros jugando á la gallina ciega.

—Alvarez está en su puesto de siempre defendiendo un plan liberal; pero nosotros, usted, Comonfort y yo que hemos sido conservadores y que lo estamos siendo aún mientras no nos desprendamos por completo de un gobierno conservador

—¡Psé! Él tiene la culpa precipitándonos con sus exigencias: yo le hubiera sido fiel hasta lo último, si no hubiera sido el primero en desconfiarme y en aburrirme.

—Es lo que á mí me preocupa, coronel, el puesto de confianza que tengo. . . . Alvarez hizo bien en soltarlo para no tener las manos atadas.

—Usted puede hacer lo mismo, mi general.

—Eso haré probablemente, antes de que se proclame el plan. ¿Cuándo y en qué punto se proclamará?

—Se ha determinado que sea en el pueblo de Ayutla, y el día dependerá de cuando me manden ejemplares impresos. Yo quería que fuera desde luego, pero Alvarez y Comonfort dicen que todavía no están suficientemente preparados.

—¿Y cuándo lo estarán para combatir contra cuarenta mil hombres que tiene Santa-Anna?

—De manera que vamos á meternos en una empresa loca.

—Por de pronto sí, una vez que entre los cuatro no reunimos ochocientos reclutas y nos mandan cuatro mil soldados de línea para ponernos en juicio; pero como el gobierno está odiado en todas partes, es fácil que haya quien imite nuestro ejemplo.

—No tan fácil, porque el terror domina los ánimos. De tal modo se han impuesto el tirano y sus esbirros, que tienen hundidas ya en el miedo todas las energías de los mexicanos.

—A todo esto, no me ha dicho usted cuáles son las órdenes que me manda el general Alvarez.

—Estas simplemente: que luego que se aviste el enemigo evacue usted la ciudad, sin dar lugar á que se dispare un solo tiro. No quiere que haya agresión ninguna mientras no esté publicado el plan, aunque está resuelto á impedir que las fuerzas del gobierno lleguen á Acapulco, á cuyo efecto ha mandado situar un destacamento en el cerro del Peregrino: dice también que al salir usted de la ciudad mande con todo sigilo cuando menos la mitad de las tropas que tenga, á reforzar aquella posición de la cual él mismo desea ir á tomar el mando.

—Tendré por todos unos dosientos hombres.

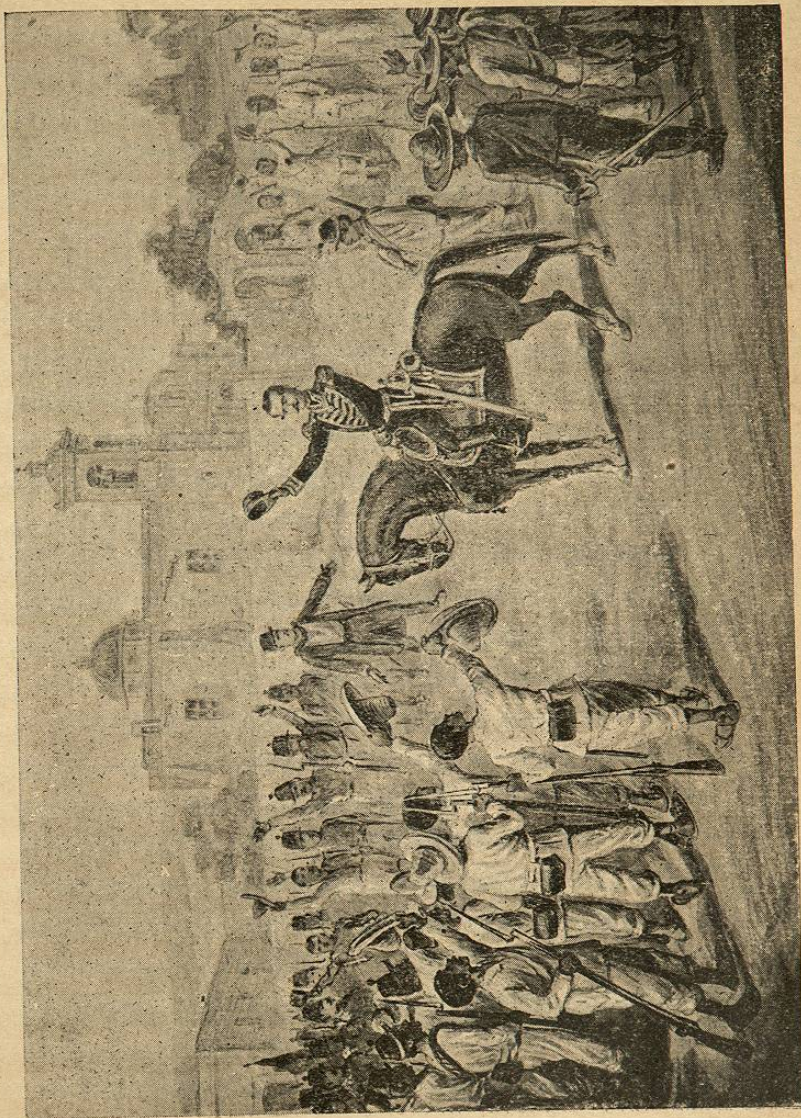
—Quiere decir que mande cien al Peregrino.

—Así se hará.

Arreglados otros pormenores, se separaron ambos caudillos, dirigiéndose Villarreal á esperar las últimas instrucciones en las cercanías de Ayutla, donde había concentrado las pocas fuerzas de que podía disponer, y regresando Moreno para Chilpancingo, que distaba unas dos leguas, á cuyo efecto reunió á la gente que había dejado en el camino cuidándole las espaldas.

Como se ve, los que iban á ser los caudillos de la revolución, llevaban las cosas muy despacio creyendo tener aún otros dos ó tres meses á su disposición en que seguirían engañando al gobierno y haciéndose los engañados; pero los acontecimientos se precipitaron, porque empezaron á llegar noticias repetidas de que las fuerzas del gobierno habían activado sus marchas y que ya habían entrado en el Departamento de Guerrero tanto por Puebla y Oaxaca como por Michoacán, formando un total de ocho batallones de á seiscientas plazas, con más tres escuadrones de caballería y algunas piezas de montaña. De la misma manera supieron los surianos que los buques armados en guerra la *Carolina* y el *Guerrero*, habían recibido la orden de formalizar el bloqueo del puerto de Acapulco.

Ante la precipitación con que el Departamento había sido invadido, sin que Alvarez y los suyos hubieran terminado sus preparativos, no quedaban más que tres caminos que elegir: ó huir á las montañas sin más expectativa que la de poder vivir ocultos un periodo más ó menos largo; ó entregarse al enemigo con la seguridad de que ejercería con ellos toda clase de crueldades, mientras que llegaba, como había de llegar, el momento de privarlos



*El Coronel Villarreal gritó desde lo alto del caballo que montaba:
— Muchachos: ¡viva la libertad!*

de la vida; ó salirles de frente á los invasores con los pocos elementos con que contaban, y esto fué en lo que se afirmaron puesto que era también lo que estaba de antemano convenido.

En esa virtud, el 24 salió Moreno de Chilpancingo, dejando la plaza á las fuerzas del gobierno que la ocuparon el mismo día, y al siguiente mandó su renuncia de 2º cabo de la comandancia de Guerrero para salvar el escrúpulo de pronunciarse siendo servidor de la dictadura.

El mismo día Alvarez reunió las tropas de que disponía en la hacienda de la Providencia, y les dirigió la notable proclama que se verá en el capítulo siguiente: Comofort, que había andado conferenciando con sus amigos, regresó á Acapulco para organizar la defensa del puerto, y Villarreal reunió á los suyos en la placita de Ayutla; hizo allí leer el plan que llevaba escrito, mandó traer una mesita y sillas y allí fué firmado por el comandante Esteban Zambrano, por cinco capitanes y otros tantos tenientes, subtenientes y sargentos.

Acto continuo se mandaron repicar las campanas, se formó la fuerza que constaba de unos ciento cincuenta hombres, dió una vuelta por las calles, y luego Villarreal gritó desde lo alto del caballo que montaba:

—Muchachos, ¡viva la libertad! ¡abajo la tiranía!

Todos contestaron con grandes exclamaciones y después de otros gritos:

—¡Viva el pueblo de Ayutla, que desde hoy será el más histórico de todo Guerrero!

—¡Viva Ayutla! contestaron los soldados y las gentes del pueblo que se habían reunido en la plaza.